



LOS SIETE DOLORES

QUINTILLAS EN MEMORIA DE LOS DOLORES DE LA VIRGEN

*Meditándolos se ganan innumerables Indulgencias concedidas
por diferentes Sumos Pontífices*

PRIMER DOLOR

Pecador, si á mis dolores
quieres tener devoción,
yo te haré dos mil favores,

y pondré mi intercesión
á favor de tus errores.

Si siete días cabales,
en mis dolores contemplas,
ganarás contra tus males
veintiún mil trescientas
indulgencias parciales.

No pienses que en escucharlos
de paso tenga yo el gusto,
sino que has de contemplarlos
con sentimiento, que es justo,
que me ayudes á pasarlos.

Contempla este primer día,
los filos de aquesta espada,
que traspasó el alma mía,
cuando escuché declarada,
tan amarga profecía.

Presenté al templo á mi Hijo
como la ley lo mandaba,
y Simeón con regocijo
en los brazos le tomaba,
y estas palabras me dijo:

Señora, este hijo amado,
y hermoso que tanto estimas,
lo verás preso, azotado,
y coronado de espinas,
y morir crucificado.

Si contemplas el dolor
tan amargo que sentí
en tan amarga pasión,
has de conseguir por mi
el perdón del Salvador.

SEGUNDO DOLOR

En este dolor segundo,
para matar á mi Hijo,
mandó Herodes iracundo,
degollar, según cual dijo,
los inocentes del mundo.

Un ángel del Cielo vino,
y avisó á mi amado esposo,
que emprendiésemos camino
que viene Herodes furioso
con su ejército maligno.

Con qué agonía en mis brazos
tomé á mi Hijo, y á Egipto
nos fuimos con lentos pasos,
yo y mi esposo ¡qué conflicto!
mi corazón á pedazos.

A cada instante volvía
la vista, por ver si acaso
el tirano nos seguía,

desmayando á cada paso
con tal mortal agonía.

Sin la menor prevención,
sin dormir, sin descansar,
quebrantado el corazón
caminaba sin parar,
contemplado con qué aflicción.

Unos ladrones sin raza,
nos salieron, y un ladrón
escuchando lo que pasa
ablandó su corazón,
y nos hospedó en su casa.

Si haces como aquel ladrón,
compadécete de mí
en tan amarga aflicción,
que lo que yo haré por tí
es conseguirte el perdón.

TERCER DOLOR

El tercer dolor, tres días
tuve perdido mi bien;
contempla en mis agonías,
que tu llorarás también
las amargas penas mías.

Yo y José, mi esposo amado,
con Jesús al templo fuimos
los tres, y habiendo llegado
un grande concurso vimos
de gente allí congregado.

A un festín grande que había,
y habiéndose ya acabado,
yo del templo me salía,
y José con gran cuidado
por otra puerta venía.

Y juntándose los dos,
yo á mi esposo pregunté:
José, ¿y el Hijo de Dios?
María, yo no lo sé,
yo juzgué que iba con vos.

Aquel corazón partido
con una angustia tan fuerte,
quedó como sin sentido,
mirando la amarga suerte
de ver á Jesús perdido.

Tres días fui preguntando;

con sus noches ¡qué tormento!
yo y José siempre llorando,
hasta que le hallé en el templo,
con los sábios disputando.

Si á Jesús tienes perdido,
por la culpa ven á mi
cuando te halles afligido,
que como lo hagas así,
tendrás descanso cumplido

CUARTO DOLOR

El cuarto dolor fué cuando
con la carga sin mesura,
vi á mi Hijo caminando
por la calle de Amargura,
cada instante tropezando.

Siendo la sentencia dada
vino Juan á mi retiro,
y me dió aquesta embajada,
yo dando un tierno suspiro
quedé como desmayada.

Con valor que me dió el cielo
en angustia tan crecida
caminaba con anhelo
á ver el bien de mi vida,
afligida y sin consuelo.

Llegué á la calle cruel
donde me paré á escuchar
las voces de aquel tropel,
que un instante sin parar
todos blasfemaban de él.

La trompeta y el pregón
decía: muera el malvado.
facineroso, ladrón,
y pague crucificado
su infame predicación

Rompí por entre la gente,
y con mi Hijo abrazada
le hablaba allí interiormente,
con la garganta anudada
de dolor tan vehemente.

Si aqueste amargo dolor
imprimes en tu memoria,
te aseguro, pecador,
que has de conseguir la gloria
prenda de inmenso valor.

QUINTO DOLOR

El quinto fué tan penoso
que es digno de contemplar
cuando á mi Hijo precioso
yo lo ví crucificar
en la cruz como alevoso.

Llegamos á la montaña
del Calvario y por despojos
le arrancan con ira y saña
á la lumbre de mis ojos,
la túnica, ¡cosa extraña!

Cuando lo ví desnudado,
renovadas las heridas,
todo el cuerpo destrozado,
crecieron las ansias mías
al verle tan mal tratado.

Que se extendiese ordenaron
en la cruz, y él con paciencia
hizo lo que le mandaron,
y con tirana insolencia
pies y manos le clavaron.

Y después la cruz volvieron
aquellos sayones bravos,
y su santa faz pusieron,
y remacharon los clavos
con que mis penas crecieron.

Después aquellos sayones
la Santa Cruz levantaron,
con blasfemias y baldones,
y el santo cuerpo dejaron
en medio de dos ladrones.

Si aqueste dolor tan fuerte
te detienes en pensar
llorando mi amarga suerte
yo te prometo ayudar
en las ansias de la muerte.

SEXTO DOLOR

El sexto con tiernos lazos
el Hijo de mis entrañas
difunto, y hecho pedazos,

por las malicias extrañas
lo pusieron en mis brazos.

Dos santos varones vieron
mi tristeza y amargura,
y á Pilatos le pidieron
para darle sepultura
licencia y la consiguieron.

Y luego lo desclavaron
aquel cuerpo Sacro-Santo,
y en mis brazos lo entregaron,
con un lienzo limpio y blanco
al punto lo amortajaron.

Con unguentos olorosos,
que prevenidos traían,
le ungeron estos piadosos
varones que me asistían
en lances tan lastimosos.

Yo que lo estaba mirando
de los pies á la cabeza;
mi dolor siempre avivando
con una amarga tristeza,
le decía suspirando:

Hijo mío muy amado,
¿quién te puso estas espinas?
¿quién abrió este costado
y vuestras manos divinas,
y esos pies ataladrados?

Si este dolor tan amargo
contemplas dejando el vicio,
de lo que Dios te hará cargo
en el día del juicio,
yo haré por tí el descargo.

SÉPTIMO DOLOR

El séptimo dolor, ¡qué asunto!

pecador, esto es muy fijo
que toda me descoyuntó,
al hallarme sin mi Hijo
ya ni vivo ni difunto.

Los varones con quebranto
me decían gran Señora,
no os entregueis tanto al llanto
que es ya llegada la hora
del entierro Sacro-Santo.

Mitigad tanto tormento,
cese ya esa pena dura,
dadnos el cuerpo sangriento
para darle sepultura
en un nuevo monumento.

Pero yo aunque agradecía
fineza tan amorosa,
dándosele, les decía:
tomad esta prenda hermosa,
del Hijo que más quería.

San Juan y la Magdalena
me llevaron en los brazos,
todos cargados de pena,
fuimos siguiendo los pasos,
donde el sepulcro se ordena.

Llegamos al monumento
donde con piedad honrosa
pusieron el cuerpo dentro,
cubriéronle con la losa,
contemplad mi sentimiento.

Todas estas siete espadas
pasaron mi corazón,
si de tí son contempladas
gozarás del galardón
en las celestes moradas.

Es propiedad.

FIN